

comprar inmediatamente todos los bienes nacionales, con condiciones de pagar triplicado el valor de 1790. Todos los asignados, ó casi todos, podían recogerse; los que hubiesen quedado fuera habrían recobrado su valor, y el Estado hubiera podido emitir otros y valerse de este recurso. Es verdad que, no exigiendo más que el triple del valor de 1790, era forzoso dar mucha más tierra para retirar el papel circulante; pero todavía quedaba algo para atender á nuevas necesidades. Por otra parte el impuesto, reducido á la sazón á nada, porque se pagaba en asignados despreciados, recobraba su valor si se retiraba ó reemplazaba el asignado. Los bienes nacionales entregados á la industria individual iban á producir para los particulares y el Tesoro; finalmente, había cesado la más espantosa catástrofe, porque se hallaba restablecida la justa relación de los valores.

El proyecto de Bourdón de l'Oise fué adoptado, y acto continuo dispusieron á ponerlo en ejecución; pero la borrasca que se había formado hacía tiempo, y de la que no era más que un precursor el 12 germinal, comenzaba á ser más amenazadora que nunca; estaba fija en el horizonte é iba á estallar. Los dos partidos, colocados frente á frente, obraban cada cual á su manera. Los contrarrevolucionarios, dominando en ciertas secciones, hacían redactar protestas contra las medidas indicadas por Chenier y particularmente contra la disposición que castigaba con el destierro los abusos cometidos por los realistas en la prensa. Los patriotas, por su parte, reducidos al último extremo, meditaban un proyecto desesperado. El suplicio de Fouquier-Tinville, condenado con varios individuos del tribunal revolucionario por la manera de ejercer sus funciones, llevó la irritación á su colmo; y aunque descubiertos en su proyecto del 29 germinal y frustrada recientemente una segunda tentativa que hicieron para que todas las secciones se declarasen en permanencia, bajo el pretexto de la escasez, no por eso conspiraban menos en diversos barrios populosos. Habían acabado por formar un comité central de insurrección, que residía entre los barrios de San Dionisio y Montmartre, en la calle Mauconseil, compuesto de antiguos individuos de los comités revolucionarios y de otros de la misma especie, casi todos desconocidos fuera de su barrio. El plan de insurrección estaba suficientemente indicado por todos los acontecimientos del mismo género: colocar á las mujeres delante, haciendo que las siguiese una inmensa multitud; rodear la Convención con tal muchedumbre que no pudiera ser auxiliada; obligarla á expulsar á los setenta y tres, llamando de nuevo á Billaud, Collot y Barrere; dar libertad á los diputados detenidos en Ham y á todos los patriotas presos; poner en vigor la Constitución del 93, nombrando un nuevo Ayuntamiento en París, y apelar de nuevo á todos los medios revolucionarios, al *máximum*, á las requisiciones, etc..., tal era el plan de los patriotas. Redactáronle en un manifiesto que constaba de once artículos, publicándole en nombre del *pueblo soberano, que recobraba sus derechos*, y mandaron imprimirle en la tarde del 30 floreal (19 mayo), circulándole después por París. Preveníase á los habitantes de la capital que se dirigieran en masa á la Convención, llevando escritas en los sombreros estas palabras: *Pan y Constitución del 93*. Toda la noche del 30 floreal al 1.º pradiel se pasó en medio de la agitación, de los gri-

tos y amenazas; las mujeres corrían por las calles, diciendo que era preciso marchar contra la Convención al día siguiente; que no había dado muerte á Robespierre sino para ocupar su puesto, y que dejaba morir al pueblo de hombre, protegiendo á los traficantes que chupaban la sangre del pobre y condenando á morir á todos los patriotas. Estimulábanse á marchar las primeras, diciendo que la fuerza armada no osaría hacer fuego contra las mujeres.

Al día siguiente, en efecto, al rayar el día, el tumulto era general en los arrabales de San Antonio y San Marcelo, en el barrio del Temple, en las calles de San Dionisio y San Martín, y sobre todo en la Cité. Los patriotas hacían resonar cuantas campanas tenían á su disposición, tocaban generala y disparaban cañonazos. Al mismo tiempo oíase tocar á rebato en la torre de la Unión, por orden del comité de seguridad general; las secciones se reunían, pero las que tomaban parte en el complot se habían formado ya muy de mañana, y avanzaban armadas mucho antes de haber sido advertidas las otras. La muchedumbre aumentaba siempre, adelantando poco á poco hacia las Tullerías. Una multitud de mujeres, mezcladas con hombres ebrios, que gritaban: *¡Pan y la Constitución del 93!*, varios grupos de bandidos armados de picas, de sables y armas de toda especie, oleadas del más vil populacho y algunos batallones de las secciones, regularmente armados, componían aquella multitud, que marchaba sin orden hacia el punto indicado á todos, á la Convención. A eso de las diez habían llegado á las Tullerías, y sitiaban la sala de la Asamblea, cerrando todas las salidas.

Los diputados, que habían acudido presurosos, ocupaban su puesto: los individuos de la Montaña, que no estaban en comunicación con aquel obscuro comité insurrecto, no habían sido advertidos, y así como sus colegas, no conocían el movimiento sino por los gritos del populacho y el toque de rebato. Hasta sentían desconfianza, temiendo que el comité de seguridad general hubiese tendido un lazo á los patriotas, sublevándolos para tener ocasión de perseguirlos. Apenas reunida la Asamblea, el diputado Isabeau se presenta para leer el manifiesto de la insurrección, y en las tribunas, ocupadas desde muy temprano por los patriotas, resuenan ruidosos aplausos. Al ver á la Convención así rodeada, un diputado grita que sabría morir en su puesto, y al punto le imitan todos sus compañeros repitiendo: *¡Sí, sí!* Una tribuna, más comedida que las otras, aplaude esta declaración. En aquel instante aumentaba el ruido, oyéndose el rumor que producían las oleadas del populacho; los diputados se sucedían en la tribuna, exponiendo sus diversas reflexiones; pero de repente se ve penetrar un enjambre de mujeres, que precipitándose en las tribunas, derriban á los que las ocupaban, gritando *¡Pan, Pan!* El presidente Vernier se cubre é impone silencio; pero continúan gritando: *¡Pan, pan!* Las unas muestran el puño á la Asamblea, las otras se ríen de ver su apuro. Levántanse muchos diputados para pedir la palabra, y no pudiendo hacerse oír, piden al presidente que haga respetar á la Convención; mas el presidente no puede conseguirlo. Andrés Dumont, que había presidido con firmeza el 12 germinal, substituye á Vernier, ocupando el sillón. El tumulto continúa; las mujeres que han invadido la tribuna repiten sus

gritos de: *¡Pan, pan!* Andrés Dumont declara que va á mandar que las hagan salir, á cuyas palabras se contesta con estrepitosos silbidos por una parte y aplausos por la otra. De repente óyense golpes violentos en la puerta que hay á la izquierda de la mesa y el ruido de una multitud que trata de hundirla. Los goznes comienzan á crujir, y se desprenden pedazos de yeso. En tan peligrosa situación, el presidente se dirige á un general que se había presentado á la barra con un grupo de jóvenes, para hacer una petición muy juiciosa en nombre de la sección del Buen Consejo. «General, le dice, os intimo á velar por la representación nacional, y os nombro comandante interino de la fuerza armada.» La Asamblea confirma este nombramiento con sus aplausos, y el general, declarando que moriría en su puesto, sale para dirigirse al lugar de la lucha. En el mismo momento cesa el ruido que hacían en una de las puertas, y restablécese un poco la calma. Andrés Dumont, dirigiéndose á las tribunas, aconseja que salgan todos los buenos ciudadanos que las ocupan, declarando que se va á emplear la fuerza para despejarlas. Muchos salen, pero las mujeres se quedan profiriendo los mismos gritos. Pocos momentos después, el general encargado por el presidente de proteger á la Convención, vuelve á entrar con una escolta de fusileros y varios jóvenes provistos de látigos de postillón; escalan las tribunas, y hacen salir á latigazos á las mujeres, que huyen profiriendo gritos espantosos entre los aplausos de una parte de los espectadores.

Apenas evacuadas las tribunas, redobla el ruido en la puerta de la izquierda: la multitud ha vuelto á la carga, descargando nuevos golpes sobre aquélla, que cede al fin á la violencia, salta y se rompe. Los individuos de la Convención se retiran á los bancos superiores; la gendarmería forma una valla á su alrededor para protegerlos, y en el mismo instante penetran en la sala, por la puerta de la derecha, ciudadanos armados de las secciones, que se precipitan para rechazar al populacho. Consiguenlo al principio, apoderándose de varias mujeres; pero muy pronto son rechazados por el populacho victorioso. Por fortuna, la sección de Grenelle, que había acudido la primera en auxilio de la Convención, llega en aquel instante y proporciona un eficaz auxilio. El diputado Auguis marcha á su cabeza, sable en mano, y grita: «¡Adelante!» Oprímense todos, se avanza, crúzanse las bayonetas, y sin causar heridas se rechaza á la multitud, que cede á la vista del hierro. Uno de los revoltosos, cogido por el cuello, es arrastrado hasta la mesa, registranle y le encuentran los bolsillos llenos de pan. Eran las dos de la tarde, y restablécida un poco la calma en la Asamblea, declárase que la sección Grenelle ha merecido bien de la patria. Todos los embajadores de las potencias, reunidos en su tribuna, presenciaban aquella escena, como para participar en cierto modo de los peligros de la Convención; y se decreta hacer memoria en el *Boletín* de su abnegación valerosa. Sin embargo, la multitud aumentaba alrededor del salón: sólo dos ó tres secciones habían tenido tiempo de llegar y precipitarse en el Palacio Nacional. Mas no podían resistir á la muchedumbre siempre creciente de los agresores. A otros que acababan de llegar no les era tampoco posible penetrar en el interior, estaban incomunicados con los comités, y no teniendo instruc-

ciones no sabían qué uso hacer de sus armas. En aquel instante la multitud hace un nuevo esfuerzo contra el salón de la Libertad, penetrando por la puerta rota; repítense los gritos: *¡A las armas!*, y la fuerza armada que estaba en el interior del salón se precipita hacia la puerta. El presidente se cubre, y la Asamblea permanece tranquila. Entonces empíenase el combate delante de la misma puerta; los defensores de la Convención cruzan la bayoneta mientras los agresores hacen fuego rebotando sus balas en las paredes. Los diputados se levantan gritando: *¡Viva la República!* Acuden nuevos destacamentos, y cruzando de derecha á izquierda van á sostener el ataque. Los tiros redoblan; atácanse unos á otros y se mezclan; pero una inmensa multitud, colocada detrás de los agresores, los impele á su pesar contra las bayonetas; derribanse todos los obstáculos y se invade la Asamblea. Un joven diputado, Feraud, lleno de valor y abnegación, recientemente llegado del ejército del Rhin, y que corría hacía dos semanas alrededor de París para acelerar la llegada de las subsistencias, se lanza al encuentro de la multitud y la conjura á no pasar adelante: «¡Matadme, exclama, descubriendo su pecho; no entraréis sin pasar sobre mi cuerpo!» Al pronunciar estas palabras se echa en el suelo para contener á la multitud; pero aquellos furiosos, sin querer escucharle, pasan sobre su cuerpo y corren hacia la mesa. Eran las tres: muchas mujeres ebrias, hombres armados de sables, de picas y de fusiles y que llevan escritas en su sombrero las palabras *Pan y la Constitución del 93*, llenan ya la sala; los unos van á ocupar las banquetas inferiores, abandonadas por los diputados; los otros invaden el centro, mientras algunos se colocan delante de la mesa ó suben por las escalerillas que conducen al sillón del presidente. Un joven oficial de las secciones, un tal Mailly, colocado en las gradas de la mesa, arranca á uno de aquellos hombres el rólulo que lleva en el sombrero, pero en el mismo instante disparan contra él y cae herido de varios balazos. Todas las bayonetas, todas las picas se dirigen entonces contra el presidente, que ve rodeada su cabeza por una valla de hierro. Es Boissy d'Anglós, que ha reemplazado á Andrés Dumont y permanece inmóvil y sereno. Feraud, que se había levantado, corre al pie de la tribuna, arráncase los cabellos, se golpea el pecho, poseído de dolor, y al ver el peligro del presidente, precipítase para escudarle con su cuerpo. Uno de los hombres de las picas quiere sujetarle por la ropa mientras un oficial, deseandó libertar á Feraud, descarga un puñetazo sobre el que le retenía; pero el otro contesta con un pistoletazo, que hiere á Feraud en el hombro. El infeliz joven cae, arrástranle, le pisotean, condúcenle fuera de la sala y entregan su cadáver al populacho.

Boissy d'Anglós permanece sereno é impasible en medio de aquella escena espantosa: las bayonetas y las picas rodean aún su cabeza, y entonces comienza una escena de confusión imposible de describir. Todos quieren hablar y gritan en vano para que se les oiga; los tambores tocan un redoble para imponer silencio; pero la multitud, divirtiéndose con aquel caos, vocifera, patatea y se regocija al ver la situación á que se halla reducida la Asamblea soberana. No se había hecho así el 31 de mayo, cuando el partido revolucionario, llevando á su cabeza al Ayuntamiento, al estado mayor



de las secciones y á un gran número de diputados para recibir y dar las órdenes, rodeó la Convención con una multitud muda y armada, y encerrándola sin invadirla, obligóla á expedir, con aparente dignidad, los decretos que deseaba obtener. Esta vez no había medio de entenderse ni de arrancar por lo menos la sanción aparente de los deseos de los patriotas. Un artillero, rodeado de fusileros, sube á la tribuna para leer el plan de insurrección; pero la lectura es interrumpida á cada instante por gritos é injurias y por el redoble del tambor. Un hombre quiere tomar la palabra y dirigirse á la multitud. «Amigos míos, dice, estamos aquí por la misma causa; el peligro es inminente, y se necesitan decretos; dejad á vuestros representantes expedirlos.— ¡Fuera! ¡fuera!», gritan por todas partes. El diputado Rhul, anciano de aspecto venerable y celoso montañés, quiere decir algunas palabras desde su asiento para conseguir el silencio; mas interrúmpenle con nuevas vociferaciones. Romme, hombre austero, extraño á la insurrección, como toda la Montaña, pero deseando la adopción de las medidas que pide el pueblo, y viéndose con dolor que aquel espantoso alboroto iba á quedar sin resultado, como el del 12 germinal, pide á su vez la palabra. Lo mismo hace Duroi, pero ni uno ni otro pueden obtenerla. Vuelve á comenzar el tumulto y dura más de una hora. Mientras ocurría esta escena, traen una cabeza en la punta de una bayoneta; contéplanla todos con espanto, y no pueden reconocerla. Unos dicen que es la de Frerón, y otros que la de Ferraud: era la de este último en efecto, que algunos bandidos habían cortado para ponerla en la punta de una bayoneta. Pasean por la sala el sangriento trofeo en medio de los alaridos de la multitud; vuelve á estallar el furor contra el presidente Boissy-d'Anglás, que está de nuevo en peligro: rodean su cabeza de bayonetas y le apuntan por todas partes, amenazándole mil muertes.

Eran ya las siete de la tarde: temblábase en la Asamblea, y se temía que aquella multitud, en la que se hallaban muchos bribones, se dejase llevar al último extremo, asesinando á los representantes del pueblo en medio de la obscuridad de la noche. Varios diputados del centro invitaban á ciertos montañeses á exhortar á la multitud á dispersarse. Vernier trata de decir á los revoltosos que es tarde, y que ya deben retirarse, porque van á exponer al pueblo á carecer de pan, entorpeciendo la llegada de las subsistencias. «Esa es la táctica, contesta la multitud; hace tres meses que nos decís lo mismo.» Entonces elévanse varias voces sucesivamente del seno de la multitud: la una pide la libertad de los patriotas y de los diputados detenidos; la otra la Constitución del 93; una tercera, el arresto de todos los emigrados; otras muchas, la permanencia de las secciones, el restablecimiento del municipio; y un comandante de la fuerza armada de París, visitas domiciliarias para buscar las subsistencias ocultas, los asignados á la par, etc. Uno de aquellos hombres, que consigue hacerse escuchar breves momentos, quiere que se nombre en el acto el comandante de la fuerza armada parisense y que se elija á Soubrany. Por último, uno de ellos, no sabiendo qué pedir, grita: ¡El arresto de los pícaros y de los cobardes!, y durante media hora repite las mismas palabras.

Uno de los jefes de los amotinados, comprendiendo

al fin la necesidad de resolver alguna cosa, propone que bajen los diputados de las altas banquetas donde se han subido, para reunirlos en medio de la sala y obligarlos á deliberar. La proposición es adoptada al punto; se les hace abandonar sus asientos y bajar, y los encierran, como un rebaño, en el espacio que separa la tribuna de las banquetas inferiores, formando varios hombres la cadena con sus picas. Vernier reemplaza en el sillón á Boissy d'Anglás, agobiado de fatiga al cabo de seis horas de una presidencia tan peligrosa. Son las nueve: organízase una especie de deliberación, y conviéndose en que el pueblo permanecerá cubierto, y que solamente los diputados levantarán sus sombreros en señal de aprobación ó desaprobación. Los montañeses comienzan á esperar que se podrán expedir los decretos, y dispónense á usar de la palabra: Romme, que la había tomado ya una vez, pide que se mande por un decreto poner en libertad á los patriotas; Duroi dice que desde el 9 termidor han promovido una reacción funesta los enemigos de la patria; que los diputados detenidos el 12 germinal lo han sido ilegalmente, y que es preciso decretar su libertad. Oblígase al presidente á poner á votación estas diversas proposiciones; levántanse los sombreros y se grita: *Aprobado, aprobado*, en medio de un tumulto espantoso, sin que se pueda distinguir á los diputados que han emitido realmente su voto. Goujón sigue á Romme y Duroi para decir que es preciso asegurar la ejecución de los decretos; los comités no comparecen; que importa saber lo que hacen, y que se debe llamarlos para pedirles cuenta de sus operaciones, substituyéndolos por una comisión extraordinaria. Aquí estaba, en efecto, el peligro del día, pues si los comités habían quedado libres de obrar, podrían venir á libertar á la Convención de sus opresores. Albitte mayor cree que no hay bastante orden en la deliberación, que la mesa no está formada y que es preciso constituirla. Hácese así, y entonces Bourbotte pide la prisión de los periodistas. Elévase una voz desconocida, y dice que para probar que los patriotas no son caribes se debe abolir la pena de muerte. «Sí, sí, replican, excepto para los emigrados y los falsificadores de asignados.»

Adóptase esta proposición en la misma forma que las anteriores.

Duquesnoy vuelve á referirse á la proposición de Goujón, pidiendo de nuevo la suspensión de los comités y el nombramiento de una comisión extraordinaria de cuatro individuos.

Desígnase en el acto á Bourbotte, Prieur de la Marne, Duroi, y el mismo Duquesnoy. Estos cuatro diputados aceptan las funciones que se les confía, diciendo que por peligrosas que sean sabrán llenarlas y morir en su puesto; y salen para dirigirse á los comités y arrogarse todos los poderes. Esto era lo difícil: toda la jornada dependía del resultado de tal operación.

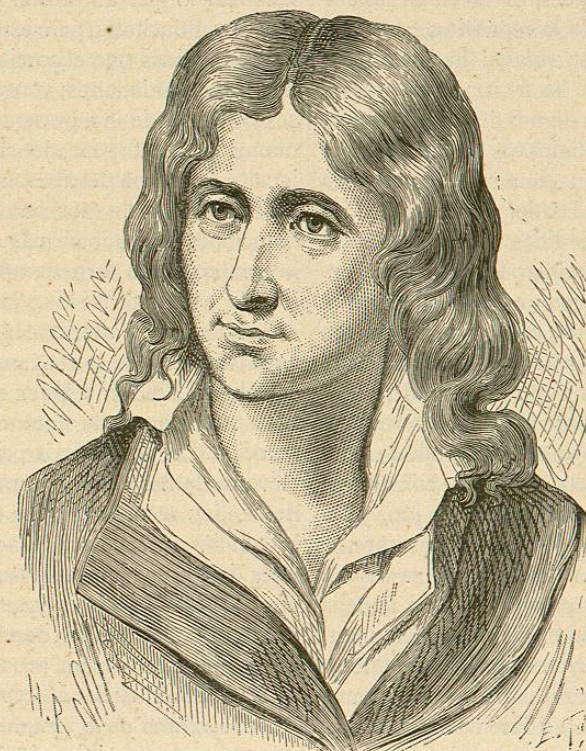
Eran las nueve: ni el comité insurrecto ni los del gobierno parecían haber obrado durante todo aquel largo y terrible día; todo cuanto había hecho el primero se redujo á lanzar al pueblo contra la Convención; pero, según hemos dicho, algunos jefes oscuros, tales como los que se encuentran en los últimos días de un partido, no teniendo á su disposición el ayuntamiento ni el estado mayor de las secciones, ni un jefe de la fuerza

armada, ni diputados, no habían podido dirigir la insurrección con la mesura y el vigor propios para obtener buen resultado. Habían precipitado á varios furiosos, que cometieron excesos horribles, pero que no hicieron nada de lo que debían hacer. No envió ningún destacamento para suspender y paralizar los comités, abrir las prisiones y poner en libertad á los hombres enérgicos, cuyo auxilio hubiera sido precioso. Sólo se apoderaron del arsenal, entregado á los primeros que llegaron por la gendarmería de los tribunales, compuesta toda ella de hombres de la milicia de Fouquier-Tinville. En-

se encargaron después de penetrar en la sala, subir á la tribuna, á pesar de todos los peligros, é intimar á los revoltosos á retirarse.

«Si no ceden, dijeron á sus colegas, atacad sin temer nada por nosotros. Aunque perezcamos en la refriega, avanzad siempre.»

Legendre y Delecloy penetraron efectivamente en la sala, en el momento en que los cuatro diputados elegidos para formar la comisión extraordinaria iban á salir. Legendre sube á la tribuna, á través de los golpes y de los insultos, y toma la palabra en medio de los silbidos.



Alejandro Goujón

tretanto, por el contrario, los comités del gobierno, rodeados y defendidos por la juventud dorada, habían hecho los mayores esfuerzos para reunir las secciones, lo cual no era fácil por el tumulto que reinaba, el espanto que dominaba á muchas de ellas y la mala voluntad que manifestaban algunas.

Por lo pronto reunieron dos ó tres, cuyo esfuerzo, según se ha visto, fué rechazado por los agresores; pero después consiguieron convocar mayor número, gracias al celo de la sección Lepelletier, en otro tiempo de las monjas de Santo Tomás, y se proponían esperar la llegada de la noche y el momento en que el pueblo fatigado comenzaría á ser menos numeroso para caer sobre los insurrectos y librar á la Convención. Previendo que durante aquella larga opresión se la habrían arrancado los decretos que no quería dar, adoptóse un acuerdo, por el cual no reconocían como auténticos los aprobados durante aquel día.

Tomadas estas disposiciones, Legendre, Auguis, Chenier, Delecloy, Bergeoy y Kervelegán se pusieron á la cabeza de fuertes destacamentos y marcharon á la Convención. Una vez llegados, convinieron en dejar las puertas abiertas á fin de que el pueblo, oprimido por un lado, pudiese salir por el otro. Legendre y Delecloy

«Invito á la Asamblea, dice, á permanecer firme en su puesto y á los ciudadanos que se hallan aquí á salir.» ¡Fuera! ¡Fuera!, gritan por todas partes. Legendre y Delecloy se ven precisados á retirarse, mientras Duquesnoy se dirige á sus colegas de la comisión extraordinaria y les invita á seguirle, para suspender á los comités, que, según se ve, dice, son contrarios á los actos de la Asamblea. Soubrany les aconseja también apresurarse. Salen entonces los cuatro, pero encuentran el destacamento á cuya cabeza se hallan los representantes Legendre, Kervelegán y Auguis, y el comandante de la guardia nacional Raffet. Prieur de la Marne pregunta á Raffet si ha recibido del presidente orden de entrar. «¡No tengo que darte cuentas!», replica Raffet continuando su marcha. Intímase entonces á la multitud á retirarse; el presidente la invita en nombre de la ley; pero contesta con silbidos. Entonces se calan bayonetas y se entra; la multitud desarmada cede; mas algunos hombres armados que se hallaban entre ella resisten un momento, hasta que rechazados emprenden la fuga gritando: ¡A nosotros, descamisados! Muchos patriotas se vuelven al oír este grito, y atacan con violencia al destacamento que había penetrado, obteniendo la ventaja por un momento: el diputado Kervelegán está